

soberbia y vanidad literarias, han brotado tantos libros blasfemos é impíos, tantas historias falsas, tantas novelas obscenas ó frívolas, tantos periódicos ligeros, escandalosos y calumniadores; tantas comedias malignas, y zarzuelas desnudas, y tantos dramas que han manchado la escena teatral con sangre injustamente vertida y con disoluciones triunfantes. Antes, la sabiduría la cosechaban los grandes talentos á costa de perseverantes labores; hoy, brota espontáneamente como un hongo venenoso en los pantanos de la ociosidad.

Del loco afán de gozar sin tregua ni medida, han surgido esas asociaciones del placer, que de la complacencia en las murmuraciones hacen una urbanidad obligatoria; cuya menor servidumbre es imponer amistades peligrosas ó molestas; cuyo mayor aliciente son las ruinosas emociones del azar; y cuyos más ligeros gravámenes, los constantes, ineludibles y dispendiosos compromisos. De ese mismo insensato afán de goces, han nacido los viajes interminables, que tanto merman la bolsa, la salud y la conciencia; que han covertido á los ricos del siglo en errantes peregrinos volunta-

rios, y en tristes expatriados sin amistades ni respetos: y que han reemplazado los apacibles y gratísimos murmurios del hogar, con los estridentes gemidos de las hélices y las asmáticas sufocaciones de las locomotoras. De ahí mismo ha brotado, la incessante lectura de novelas, ese ajeno del espíritu que hace soñar despierto; y la asidua asistencia á los espectáculos tan execrados por Tertuliano, y de los que San Agustín, con su penetrante mirada de águila, decía: “No es razonable derrochar por mentiras, la preciosa savia del alma, que tanto necesitamos para las tremendas realidades de la vida. Cada lágrima vertida sobre las fingidas catástrofes de la escena, es lágrima robada al dolor de nuestros propios pecados y á la compasión por las miserias de nuestros hermanos.”

Pero siempre, el hijo primogénito y mimado de la vanidad será el lujo el cual no puede ser tenido por tan legítimo y tan inocente, si se contemplan los bárbaros estragos que en todos tiempos ha causado en el mundo. Millares de vidas sacrificó en levantar pirámides en Egipto y en suspender en Babilonia jardines en el aire. En la an-

tigna Roma, aplanó montañas; cavó lagos; reemplazó el bienhechor olivo y la útil y secular encina, con bosques de sonantes y estériles laureles: y desterró el fecundo trigo para sembrar violetas y rosales, que rendían abundantes cosechas de perfumes y muchas guirnaldas olorosas con que coronarse la frente en los festines. En los modernos tiempos, el lujo ha provocado los desfallecimientos de la mísera Irlanda y los rugidos del hambre en Inglaterra; ha corrompido las médulas de las razas francesas haciendo que á sus hijos les pese demasiado la espada de Carlos Martel, y en todo el mundo ha engendrado el socialismo y las huelgas, con sus pánicos y dinamita. El abismo de las vanidades, sólo puede atravesarlo la juventud, mirando siempre hacia arriba para no desvanecerse y caer.

---

Por contradictorio que parezca, la juventud tan expuesta está al mismo tiempo á las jactancias como á los miedos. El del miedo es uno de los más espantosos preci-

picios que la esperan: por una aberración incomprensible, la divisa de la juventud parece ser, no sentir miedo de lo verdaderamente formidable, para tenerlo de todos los vanos fantasmas forjados por la locura humana. Por temor al ridículo, no vacila en lanzarse á gastos superiores á sus recursos, en contraer amistades desiguales que son una complicidad en los vicios ajenos, y en descender hasta la más baja y cobarde de las hipocresías, la triste hipocresía del mal. Por miedo de no poder trepar sola la áspera pendiente de la vida, en vez de buscar el fraternal apoyo de los buenos, se resuelve á transigir con todos los vicios é implorar la humillante protección de los malvados. Por miedo de no aparecer cobarde, se lanza sin temor á la muerte, á través de duelos, que aunque las más veces sean una farsa en la intención de los que los pactan, muchas se convierten en sangrientas tragedias que enriquecen al infierno. Por miedo en fin, de ser vencida por los malos, de que éstos la priven de la sal y el fuego, en vez de combatirlos se rinde la juventud á sus enemigos, ingresando á la gran secta de las tinieblas, esa querida hija de Satanás, men-

tirosa como su padre, que promete socorros y comienza por pedirlos, proclama libertades y forja cadenas, hace entrever solios para sus adeptos y los convierte en escabelles. El precipicio de los miedos, nadie hasta ahora ha logrado pasarlo con felicidad, sino apoyándose en el firme brazo de la valerosa perseverancia cristiana, que gastó los dientes de los leones y melló las hachas de los verdugos.

Pero de todos los derrumbaderos de la juventud, ninguno más temible y pavoroso que el de los afectos humanos. Como el enemigo está dentro de ella, la fortaleza está casi perdida. Hilos invisibles de amor son los que atan y mueven el mundo. Uno de esos hilos arrastra al padre á las rudas faenas del trabajo para llevarles pan á sus hijos: un hilo de ternura ata á la madre, á la cabecera del contagio, cuando su hijo está enfermo. Por doquiera, hilos de amor fundando los hogares y las familias, amparando á las sociedades, aproximando á

los pueblos, unificando á la humanidad y atando la tierra con el Cielo. Sin el amor no habría padres ni hijos, esposos ni hermanos, amigos ni prójimos. Es tan grande y tan preciosa la caridad, que ella sola bastaría si todos los hombres la tuvieran para llorar menos el Edén perdido. Sin ella, sería el mundo la desolación suprema, pues esencialmente el infierno no puede ser otra cosa, que el desamor eterno y absoluto.

Por lo mismo que el amor es un tan precioso elixir de vida, un tan exquisito licor de felicidad, es de la más extremada delicadeza. Tiene que guardarse siempre en odres nuevos y limpios: el menor descuido lo tuerce, el más pequeño átomo de mundo ó de pecado que en él caiga lo corrompe, y muchas veces, para siempre. Las corrientes del amor son de una precisión magnética, y no tienen más que dos polos: el cielo y el infierno. Como en la vida se consume para sustentarla, más amor que pan, es indispensable gastarlo día á día, y momento por momento, y sin embargo, bajo pena de un reato eterno, no se ha de mal emplear ni de desperdiciar una sola de sus partículas. ¡Qué tremenda responsabilidad

ser depositarios de semejante tesoro! Para usar de él sin abusar, no bastan las solas fuerzas humanas. En este espantoso abismo de los afectos de la tierra, como si fuesen las hirvientes aguas de una inmensa catarata, sin distinción de tiempos ni lugares, sexos ni edades, se han despeñado generaciones enteras. ¡Pero no hay qué asomarse á semejante precipicio, que sólo el mirarlo causa vértigos! Los hombres por sí solos no podrían salvarlo; pero todo es fácil con la gracia al hombre, y cuando es necesario, como es Dios tan bueno, les manda á sus ángeles, que volando, los pasen en peso.

Qué grandes bienes dispensan las congregaciones de la Santísima Virgen, á la juventud, no sólo de presente sino también para lo futuro. Sin compararlas, por supuesto, con la Iglesia que es la Esposa de Jesucristo y la madre común de todas las asociaciones cristianas, quizás, si bien se reflexiona, no hay en la tierra, exceptuadas

las órdenes religiosas, sociedades de más alteza por sus propósitos y de más trascendencia en sus resultados que las Congregaciones. Son un amplísimo y muy bien combinado sistema de irrigación que dirigiendo desde las alturas los arroyos de la vida, rigen y purifican todas las aguas que han de regar la vasta heredad del Señor.

El día del juicio será de sorpresas estupendas. Qué azorado quedaría el mundo del oro y la soberbia, si con la inflexible lógica de la verdad se le demostrase, que consideradas en un orden absoluto, vale mucho más intrínsecamente una humilde y desconocida Congregación de la Santísima Virgen, que la gran compañía de Suez con su amplio canal cavado en las arenas del desierto para abreviar las rutas del mundo; que la Liga Ferrocarrilera de los Estados Unidos, con sus interminables vías de acero y sus incontables monstruos voladores, de potente empuje y entrañas de fuego; y que esas compañías de navegación que con sus enormes palacios flotantes, oprimen por do quiera, el lomo movable de los mares.

Son admirables las Congregaciones por

la sencillez de su organización y la eficacia de sus medios; pero como fueron inspiradas por la Santísima Virgen son una obra acabada, redondas como una esfera perfecta. Además de buenas en sí mismas, siempre están dirigidas por sacerdotes virtuosos y prudentes, y las más veces por jesuitas, los que como los caudillos del Gran Capitán en la guerra de Italia, pueden ser tenidos todos, no sólo por buenos sino por mejores. Pero como los hombres por santos que sean, siempre son hombres y pueden cansarse y engañarse, Dios ha cuidado de darles patronos invisibles pero vigilantísimos, que desde el Cielo las cuiden y dirijan.

Bendición y muy grande de Dios sobre una Congregación, es darle por patrono á San Luis Gonzaga. En las finísimas balanzas de la justicia divina se pesa hasta el más sutil polvo de diamante, de las buenas acciones. La justicia y misericordia infinitas, conceden á los santos una gloria proporcionada á sus méritos, y les confieren un poder de intercesión más eficaz, respecto de las virtudes que más amaron y alcanzaron durante su peregrinación en la tierra. La gloria de San Luis Gonzaga fué

revelada á Santa Magdalena de Pazzis y asombrada de su grandeza, decía esta Santa, que si no le hubiera sido mostrada, nunca hubiera creído que fuera tan grande, la gloria de Luisito, en el Cielo. Anticipando la dulce familiaridad con que se han tratar los bienaventurados en la Celestial Jerusalem, Santa Magdalena le llamaba á San Luis Gonzaga "Luigino."

San Luis Gonzaga, que durante su vida tan corta en el tiempo y tan llena para la eternidad, tanto sobresalió en la pureza y la mortificación, en la humildad y en la oración ¿qué poder no tendrá en el Cielo, para alcanzar esas mismas virtudes á los congregantes que imploren su auxilio, con la dulce confianza con que se invoca el socorro de un hermano? El, que tan cariñoso y tan amable era aquí ¿cómo podrá desoír ahora que ya reina con los justos, los angustiosos gritos de sus hermanos que todavía luchan con el embravecido oleaje de la vida?

El patrocinio de San Luis Gonzaga, es favor muy especial del Cielo; pero como Dios, no sólo es bueno, sino que es la Bondad Infinita, les hizo á las Congregaciones

el presente de los presentes, el don de los dones, la gracia de las gracias: les dió además, la protección maternal de la Santísima Virgen. En diez y nueve siglos que lleva de redimido el mundo, ya muchos santos desde en vida se han asomado al cielo, y muchos espíritus celestiales y bienaventurados han bajado á la tierra. Este doble testimonio de los que han ido y de los que han venido, corrobora lo que tantos doctores y padres de la Iglesia creyeron y tantas generaciones han adivinado, que es parte del plan divino, no dispensar gracias á la tierra sino por conducto de María Santísima. Su poder es casi la omnipotencia, puesto que le es dado el meter sus ambas purísimas manos en los inmensos tesoros del cielo, para derramarlos sobre el mundo sin medida.

Y no es menor su bondad que su poder. El alma de María Santísima es una obra maestra del Poder Divino. Formó Dios una alma bellísima, y la colmó de dones y de gracias. La Virgen Santísima correspondió á todas las gracias recibidas, y como la correspondencia á la gracia atrae nuevas gracias, se fueron multiplicando en Ella, hasta

quedar toda llena de gracia, según las palabras de la salutación angélica. Al mirarse así favorecida, al contemplarse la Madre Virgen del Eterno Verbo, por conocimiento y gratitud, amó á Dios con toda la energía de su alma, y por ese amor que á Dios tiene, es por lo que á nosotros nos ama con indecible ternura. Es tan incomprensiblemente grande el amor que la Virgen Santísima nos tiene, que si necesario fuera, lo mismo que sufrió en la tierra y mucho más, volvería á sufrirlo por uno solo, por el último y más ingrato de los hombres. Si esto haría por el más abominable de los pecadores; ¿qué no hará por sus hijos predilectos á quienes por especial encargo de Dios tiene que amparar y proteger? ¡Ay! si no hubiera Virgen María, cuántos, cuántos hubieran muerto de desesperación ó de terror. ¡Ah! si los condenados pudieran amarla, se acabaría el infierno.

---

Concluamos. Las Congregaciones son muy buenas en sí mismas, y son muchos y

muy grandes los beneficios que dispensan á los jóvenes que las forman. Con tiempo los ponen á trabajar en su gran negocio, en su único negocio, porque en verdad que el salvarse es lo sólo necesario. Los preservan del terrible contagio de las malas amistades, los malos ejemplos, y del de esos miasmas salidos del infierno que andan como flotando en la atmósfera del mundo. Imponen silencio en torno de ellos, para que puedan escuchar las voces interiores reveladoras de su propia vocación, que es la rueda maestra de la vida y el timón que dirige la travesía. Inculcan en ellos las virtudes que tanto necesitan desde hoy, y que más necesitarán mañana, para atravesar sin caer los profundos abismos que encontrarán en su camino. Les proporcionan la dirección visible de hombres sabios y virtuosos, y el patrocinio invisible de insignes y poderosos santos. Les aseguran, sobre todo, la protección de la Santísima Virgen, que es la escala más firme para subir al cielo y el más seguro cable para alcanzar las playas de la eternidad feliz.

Conociendo que las Congregaciones son tan buenas y tan benéficas, hay que amar-

las. Obedecer y cumplir sus prescripciones y perseverar en ellas, eso es amarlas. Pero la verdad y el bien por su propia naturaleza son difusivos y el corazón humano no es tan egoísta que no quiera aumentar su propio bien compartiéndolo con los otros hombres. Además de amarlas, hay pues que propagarlas.

Hacerlo todo así, será el mejor modo de celebrar el tercer centenario de la dichosa muerte de San Luis Gonzaga, de complacer á la Santísima Virgen tan digna de ser complacida, de regocijar al amoroso corazón de Jesucristo Nuestro Salvador, y de procurar la mayor gloria de Dios, cuyo nombre augusto jamás podía escucharlo Carpio, nuestro poeta, sin emoción, y que yo no me atrevería á pronunciar en voz alta, si no me alentaré la dulce esperanza, de que el abismo infinito de las misericordias del Señor me salvará del profundo piélago de mis iniquidades. ¡Mucho ama Dios á vosotros los buenos; pero también á los malos nos tiene compasión! Como el alma de la Virgen pura, "LLENESE DE GOZO NUESTRO ESPIRITU AL CONTEMPLAR LA BONDAD DE DIOS NUESTRO SALVADOR!"